

La construcción de lo moral en el aula

Lisette Gabriela Cruz Vargas
M A D E M S-Filosofía
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Uno de los campos que conciernen a la filosofía es la disciplina Ética, la cual se involucra en la existencia humana como la facultad para desentrañar el sentido de lo moral, en concurrencia con las actuaciones y las inevitables valoraciones de la realidad humana. En este trabajo nos dirigimos a la aplicabilidad y el sentido de la enseñanza de la ética en una población de adolescentes y jóvenes bachilleres insertos en un panorama posmoderno. Lo que nos lleva a considerar la necesidad de repensar en estrategias y en trazar el sentido de la enseñanza de la ética que genere interés en el alumno y que además apunten a aprendizajes categóricos más que conceptuales que se trasladen a la vida práctica. Se trata de promover una moral vívida en el aula.

El referente central para la construcción de la propuesta toma como punto de partida la población adolescente, esto es, el perfil al que se suman la gran mayoría de los estudiantes de edades de entre los 14 y 21 años. (Al menos esto en México). Por razón de la corriente posmoderna; la necesidad de los medios audiovisuales, ideologías carentes de referentes morales y la necesidad de exaltar la individualidad, los alumnos carecen de la comprensión coherente de la sustentabilidad ética para la práctica valorativa en su vida cotidiana. Su entendimiento de la disciplina alcanza apenas la idea de que se trata de un conjunto de normas, criterios y derogaciones que no empatizan con su experiencia personal por lo que su estudio carece de sentido.

De esta forma la labor del docente en el aula puede apuntar por lo siguiente:

- a) despejar los prejuicios sobre la disciplina y sus contenidos.
- b) Los contenidos deben apuntar a una ética discursiva que busque recuperar lo moral como un sentido creativo y autónomo, que se encuentra en constante diálogo con el otro.
- c) Los aprendizajes esperados corresponden de manera inmediata con las situaciones que experimentan los alumnos, a partir de la resolución de

dilemas morales que apuntan a la construcción de categorías más que al aprendizaje de conceptos

d) El aula se constituye como un espacio de construcción de lo moral

Entre los retos que enfrenta la enseñanza de la ética se observan; la no determinación filosófica sobre el fundamento de lo moral y la discordia en el modo de entender lo moral que dejó como resultado que algunos filósofos como el alemán F. Nietzsche llegaron a la conclusión de que buscar el fundamento es un sinsentido. Lo anterior inaugura el posmodernismo, una época que se caracteriza por la ausencia de buscar respuestas fundamentales. Es entonces cuando los estudiantes, inmersos en esta ola crítica de la modernidad, creen que dar razones sobre lo moral es cosa del pasado. Para ellos, el estudio de lo moral enfatiza una forma de control de los comportamientos, una intromisión de los modos de vida, una ociosidad sistemática de la esfera privada, de las creencias y los roles.

Al mismo tiempo, los estudiantes sufren el embate de una sociedad flexible basada en la información y estimulación de las necesidades. Se enfrentan a un proceso de personalización que implica una nueva forma de organizarse, de comportarse, partiendo desde lo privado. Hay nuevos procedimientos que contienen nuevos fines, valores y legitimidades sociales: valores hedonistas, respeto por las diferencias, culto a la liberación personal. En la sociedad postmoderna reina la indiferencia, el futuro no se considera o asimila; esta sociedad quiere vivir aquí y ahora. No tiene ídolo externo ni tabú, se rige por una tendencia al vacío, un vacío que no advierte, ni tragedia ni apocalipsis. Puede notarse una nueva era de consumo, la propagación y exaltación de “la ley del menor esfuerzo” en donde paulatinamente se difumina su alteridad, ese otro yo.

Como resultado, la cultura postmoderna amplía el individualismo al diversificar las posibilidades de elección, anular puntos de referencia, destruir sentidos únicos y valores superiores; Es una cultura despersonalizada o “hecha a medida”. Especialmente se observa la pluralidad de pensamientos, un declive de la razón que hace imposible una visión unitaria de las cosas. En este tenor la Ética también ha tenido temor a prescribir, se resistió a un intento de Ética normativa y

persiguieron una línea descriptiva, limitándose a buscar definiciones, determinaciones del lenguaje, sintaxis y significados.

El afán por una dura objetividad, el empeño por un saber neutral y la férrea necesidad de ser un conocimiento sin alguna valoración suscito que la filosofía moral resultará intrascendente.

En este panorama podemos cuestionarnos, ¿cómo decidir legítimamente qué ética se debe enseñar a los estudiantes? ¿cómo deciden los profesores que elementos básicos se deben enseñar? Pues en la sociedad posmoderna parece que el profesor perdió el derecho y la responsabilidad de elegir su propio conjunto o cualquier otro conjunto de saberes morales, dado que no pueden imponer a los estudiantes su individual percepción.

Hoy en día el asunto de la aplicación del saber moral a la vida cotidiana es un asunto que pasa a primer plano en la enseñanza. Aunque cada tradición ética es importante para dilucidar o resolver determinados tipos de problemas, no es la transmisión de éstos conceptos solamente lo que permitiría un desarrollo moral. ¿Qué aprendizajes son relevantes en el aula? ¿qué ética aplicaremos? ¿basta mi creencia subjetiva como criterio? ¿se trata de método o de contenido?

La posición del psicólogo y filósofo L. Kohlberg y la propuesta de la filósofa estadounidense Adela Cortina, proporcionan una propuesta que enfatiza el desarrollo de estructuras. No se trata de proponer distintos contenidos o de hacer énfasis sobre algunos conceptos o valores que deben aprender los estudiantes, se trata de promover una Ética que comprenda lo moral no como algo que pueda venir de afuera, según el criterio de las mayorías que repiten el discurso prominente, sino como algo íntimo, propio, más cercano, una capacidad para enfrentar la vida autónomamente, creativamente, se busca reconciliar los ámbitos que caracterizan a lo humano, mente, cuerpo y emoción, en dónde la razón y la emoción se sincronizan en intenciones, a lo que Adela Cortina denomina, “Inteligencia sentiente” en relación con ese otro, la alteridad, la sociedad.

La propuesta para educar en lo moral aduce que todos los sujetos somos innatamente morales, me refiero a que somos incapaces de no hacer algún juicio moral, en todo momento nos encontramos haciendo valoraciones sobre distintas

situaciones de la realidad, podemos denominar a ese juicio como el momento inicial de la libertad. Todo el tiempo nos vemos forzados a elegir y a valorar queramos hacerlo o no, y esas valoraciones se convierten en intenciones. Siguiendo a Adela Cortina, “No hay ningún saber humano en el que no introduzcamos valoraciones”ⁱ

Me refiero a que no es posible dejar de ser moral, pues es una estructura que subyace en cada una de nuestras decisiones, seamos conscientes o no de estas. Educar lo moral en este sentido se refiere a promover en los alumnos el reconocimiento de esa fuerza para elegir, sus implicaciones morales y la posibilidad creativa de idear y prevenir alternativas viables para resolver cualquier situación de la realidad haciéndose cargo de ella. Y es en este sentido que se espera ejercitar la libertad y la responsabilidad en los estudiantes tomando como referencia a ese otro, la alteridad, la sociedad como el parámetro de mi moral en discurso con el otro.

ⁱ Adela Cortina “El quehacer ético”, Madrid, Santillana, 1999 pp.43